





EL DÍA DEL OLVIDO



Natalia Murcia García

EL DÍA DEL OLVIDO



Primera edición: octubre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Natalia Murcia García

ISBN: 978-84-17548-42-1

ISBN digital: 978-84-17548-43-8

Depósito legal: M-28935-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A quien después de haber renunciado a todo ha elegido, valerosamente, volver a empezar.



1

A veces no somos más que una gota resbalando por el cristal de una habitación vacía. El agua pasa sus días precipitándose desde el cielo, recorre la tierra y se vuelve vapor; creo que todos recordamos ese ciclo natural que nos enseñaron hace tiempo, cuando nuestras mentes solo aprendían de memoria. Pues bueno, eso somos, un «algo» resbalando, uniéndose a corrientes más grandes y, al final, somos vapor que sube a como de lugar. Eso es esta vida, un ciclo corto de estados inconscientes. Es tan grande esta inmensidad que, si lo pensáramos bien, cada emoción de un solo ser humano no es casi nada. Es el único consuelo que consigo cuando no encuentro salida alguna, cuando vuelvo a este sitio vacío, recordando situaciones que no me convienen, que me absorben.

No he abierto los ojos aún, escucho voces algunas veces, luego me dejan solo de nuevo. No encuentro fuerza para mover algún músculo, el sedante esta vez fue bastante fuerte. Estoy aquí y al mismo tiempo estoy tan lejos, No puedo reconocer cada palabra que escucho. El último recuerdo que tengo es el octavo piso de una torre que no nombraré, luego de eso no hay nada, ni siquiera en este estado poco humano puedo verlo. Hay recuerdos que se esfuman para siempre y no hay manera de recuperarlos. Ayer —creo que fue ayer— me preguntó el doctor Mariano por qué consideraba yo que había nacido en el tiempo equivocado; podría inventar muchas excusas para escapar de la pregunta, podría hablar de algo incoherente y me creería, al fin y al cabo, estar aquí me da la ventaja de crearme loco o sano cuando quiera. Creo que cometí un error al haberle confesado mi secreto, al haberle dicho que no era mi tiempo ni de nacer ni de morir. Pero ahora desconfío de lo que pienso, de lo que siento —si es que aún siento algo—, estoy empezando a caer de nuevo en el estado de pensamientos aleatorios, estoy ausente de nuevo.

Está ella, vuelve cada segundo, trae de nuevo el infierno, me besó, se fue. No dijo que volvería, no quería hacerlo, yo se lo pedí tantas veces que no recuerdo cómo se lo dije, ni cómo la dejé ir. Está Luis a mi lado, sostiene mi botella cuando ya no puedo sostenerla, hay mucha gente, sombras de gente que conozco, pero ya no me conocen, ya no estoy. Una tarde de sol, un parque entre rejas, vacío, era un sueño, una pesadilla, no sé qué era, no lo supe nunca.

Alguien entra en la habitación, ya estoy más despierto que dormido, pero sin fuerzas aún para abrir los ojos. El doctor dice que no comprende muchas cosas, que es un caso complicado, que no es un solo demonio el que atormenta; supongo que habla de mi mente. No sé a quién le está contando de mi estado, la otra persona no pronuncia una sola palabra.

—Debe despertar para la sesión de hoy —dice el doctor saliendo de la habitación. Cierra la puerta y entran dudas en mi cabeza: ¿en qué sesión vamos?, ¿cuántas dijo que eran?, ¿qué día es hoy? No estoy loco, me lo dijeron muchas veces y yo también lo sé. Pero estoy sedado, no solo por un medicamento, sino porque la sangre que sale por cada herida me abandona por completo. Creo que es la segunda sesión, la primera no estuvo bien, ahora empiezo a recordar. Empiezo a sentir miedo de nuevo, ¡hasta ahora es la segunda!, no sé cuándo saldré de aquí, y la primera impresión que di me condenará para siempre. Ahora tengo sueño de nuevo, aunque mis párpados jamás se abrieron estaba muy despierto, mi mente empieza a ponerse lenta una vez más, me voy al mundo de mis pesadillas, me voy, otra vez.

—Debe despertar ya —dice una voz de mujer.

Yo ya estaba despierto sin abrir los ojos, no sé cuánto tiempo pasó, hace mucho que el tiempo y yo ya no nos entendemos. Abrí los ojos y ella se estaba retirando del lugar, pero dejó la puerta abierta. No sé qué tenga que ver la claridad de la mente con una habitación de paredes blancas, hasta las cortinas tienen ese color, me marea la cantidad de luz que entra, es demasiada para mi gusto. Hay un mueble bajo la ventana de la pared izquierda con un pequeño florero sobre él, son rosas amarillas, es lo único que tiene un color diferente en este lugar, es lo único que no me marea observar. La puerta está casi al final de la pared, a mi derecha; desde la cama solo alcanzo a observar un pedazo de pasillo. Entró la mujer de nuevo, me miró y sonrió, no sé si le devolví la sonrisa, pero en

seguida preguntó cómo había amanecido. No respondí, para qué decir que odiaba ver el amanecer, para qué decir que no quería despertar. Igual tengo derecho a no hablar. La mujer dejó de sonreír y me miró con compasión. Si supiera cuánto odio esa mirada, no la haría. Salió de la habitación, me senté en el borde la cama, hacia el lado de la ventana, y minutos después entró el doctor Mariano.

—Me han dicho que no estás de buen humor hoy —me dice con algo de gracia en su rostro.

Pero es incoherente que me diga eso; de qué humor me hablaba, si tenía que quedarme aquí hasta que no rompiera nada. Dejé de mirarlo y volví a las rosas, están caídas, no quieren estar conmigo, casi todo lo que se acerca a mí tiende a volverse existencial, tengo esa enfermedad demasiado contagiosa, esa enfermedad de pensar demasiado y quienes se acercan terminan infectados. Aunque las rosas no piensan, sienten, y eso es peor. El doctor se acercó a las rosas y junto a ellas colocó un reloj vino tinto, sabía que no ignoraría ese color, supo indagar bien sobre mí, lo sabía todo, hasta aquello que yo desconocía. El reloj marcaba las diez y veintitrés de la mañana.

—La sesión de hoy es a las tres de la tarde. Podrías ir a desayunar aún, a las once dejarán de servir desayunos y el comedor se cerrará hasta la una. Más tarde nos vemos, poeta —dijo el doctor.

¿Poeta, yo?, hace mucho nadie me llamaba así, me había alejado de quienes podrían clasificarme de alguna manera, no me gusta clasificar nada.

Bajé al comedor porque, aunque no tuviera apetito, mi estómago me lo pedía a gruñidos. Hice la fila que todos hacen para reclamar su desayuno y me senté en una mesa para dos; las sillas están adheridas a la mesa y no hay manera de creer que existe una para un solo comensal. Esto me recuerda lo solo que me siento. Los bocados me saben amargos, pero ya no siento ardor en mi abdomen y supongo que es lo único positivo que conseguiré hoy. Todos aquí viven pasmados, algunos han hecho amistades, no comprendo cómo lo hacen, no podría confiar en nadie de este lugar, ni siquiera en mí.

Antes de subir la escalera que me llevaría a las habitaciones, mi curiosidad y un pequeño pasillo a la izquierda, me llevó a un lugar diferente. Desde la puerta se alcanza a ver un billar, una sección de cine y una

de las esquinas tiene muebles para sentarse. Entré cuidadosamente, como si alguna mina en el suelo fuera a acabar conmigo si pisara mal.

—¿Por qué entras con miedo? —pregunta una mujer a mis espaldas, pasa por mi lado y me sonríe.

Ella no es una paciente, habló con cada uno de los que estaban ahí, preguntaba cómo estaban, que hacían, revisó cada uno de los ambientes y se acercó de nuevo a mí.

—Eres nuevo, ¿verdad? —No le respondí. Me miró algo extrañada— Puedes venir cuando quieras, te mostraré el lugar cuando así lo decidas —sonrió de nuevo y salió del lugar.

Segundos después, salí de allí y volví a mi habitación. Tengo un pequeño cuaderno donde puedo escribir, pero no logro encontrar un algo para hacerlo, es como si ya no tuviera nada que decir.

La hora de almuerzo llegó, bajé de nuevo, otra vez la mesa para dos, otra vez el ruido del billar antes de subir la escalera, otra vez me mareo, otra vez recuerdo todo, otra vez estoy aquí mirando las rosas, esperando que el reloj pase como pasa el mundo mientras yo me quedo aquí, arrastrado por las horas. Las tres de la tarde marca el reloj, pero no sé a dónde debo ir, no sé dónde me encontraré con el doctor. No entiendo este sitio, nunca dicen nada, no tienen letreros, ni siquiera los de salida de emergencia, o tal vez no estoy cerca de una salida de esas. Tarde o temprano alguien vendrá a decirme dónde es, o el doctor notará que no estoy donde debería estar. Así fue, la mujer que me despertó llegó por mí, bajamos la escalera, me llevó hacia una puerta cercana al sitio de las «distracciones»; salimos a un jardín muy bonito, el sol nos acompañaba y por fin pude ver algo distinto a las paredes blancas y la gente pasmada.

Luego de atravesar el jardín, llegamos a la puerta de una pequeña casa de madera, solo tenía habitaciones para realizar sesiones. La mujer me dejó en la entrada y comprendí que el resto lo debía hacer yo. Entré despacio y, frente a mí, había un pasillo largo con solo habitaciones a cada lado. Desde el segundo piso se asomó el doctor y desapareció.

—Puedes venir por acá —dijo. Subí la escalera de madera y llegué a otro pasillo igual, solo había una puerta abierta y el sentido común me llevó hasta ella—. Sigue, siéntate —me dijo amigablemente.

Me senté en un sillón azul oscuro, cercano a la única ventana que tenía el lugar; el doctor estaba en otro sillón parecido, ubicado muy cerca del mío.

—Es un bonito día, ¿no te parece? —dijo mientras se acomodaba las gafas.

Tenía algo de razón, los rayos de sol atravesaban el cristal de la ventana, iluminaban la mitad de mi rostro, la mitad de mi vida. El doctor tiene una placa en el pecho, con su nombre; me parece extraño, casi todos tienen la placa con su apellido.

—Ayer hablaste hasta que todo se salió de control, hoy parece que ya no tienes nada que decir. —Me sostuvo la mirada unos segundos, respiró profundo y escribió algo en su libreta— ¿Dormiste bien anoche? —continuó sin rendirse— Era necesario el calmante, despertaste en la madrugada algo nervioso.

—No estoy loco —le respondí, como si fuera algo demasiado obvio. La expresión de mi rostro, sé que fue un poco estúpida, pero quería parecer normal.

—Lo sé, Arturo, sé que no estás loco —Fue tan seguro en esa frase que ahora siento que sí lo estoy— Solo quería conversar contigo.

—¿Qué quiere saber? —le pregunté en seguida, antes de que completara la frase. Sé lo que esconde detrás de tanta amabilidad, es un doctor de la mente, solo preguntará los síntomas indirectamente hasta encontrar el puñal atorado entre esos pensamientos escondidos.

—Sabes de qué se trata todo esto, ¿no? Sé que ya has estado en esta situación antes.

—Sí, por lo visto usted lo sabe todo. —Seguí intentando ser algo descortés. No soy esto, no sé quién soy y me molesta profundamente que él me conozca más que yo.

—¿Recuerdas algo de todo lo que dijiste ayer? —Retiró sus gafas del rostro y puso el bolígrafo sobre la libreta.

—Algunas cosas —respondí entre dientes.

—¿Qué recuerdas, Arturo?

—¿Qué sentido tiene decirlo, si usted ya sabe lo que dije?

—Está bien —continuó el doctor—. Empecemos de nuevo, ¿te parece? —No me libraré de él, lo sé, sé que la única forma de irme de aquí es fingir que todo está bien en mí. Moví mi cabeza aprobando su propuesta, entonces dijo— Soy el doctor Mariano y seré quien se encargue de tu tratamiento.

—Una pregunta, doctor, ¿por qué su placa lleva su nombre y no su apellido?

—Eres muy observador —sonrió y continuó—. Porque fui yo quien fundó este lugar.

—No lo sé, nunca había estado en un lugar así.

—Bueno, corres con suerte. —Se levantó de su sillón, dejó la libreta en el escritorio y se acercó a una pequeña nevera que se encontraba en la esquina— ¿Quieres algo? —Es un hombre demasiado tranquilo, me pregunto si tiene familia o, tal vez, para ser tan tranquilo, ha de ser un hombre solitario, muy adulto y muy solitario— Tengo gaseosa, té, agua...

—Una botella de agua, gracias —respondí y empecé a buscar en su oficina alguna foto familiar, pero no encontré ninguna. Se acercó y me dio la botella, luego volvió a su lugar— Doctor, ¿tiene usted familia? —pregunté con el temor de meterme en lo que no me importa.

—Es una pregunta compleja; si hablamos del concepto de familia que conoces tú, no la tengo.

—¿Cómo así? ¿Qué concepto conozco yo? —El doctor sonrió y tomó un trago de su gaseosa.

—Después tendremos tiempo para hablar de mí. —Tomó su libreta y continuó— Sé que no sabes hasta cuándo debes quedarte aquí, pero todo depende de ti. Es como un juego donde cumples las reglas y superas los retos. Al final, todo tendrá su recompensa y podrás volver al mundo real.

No comprendo por qué cambió de tema tan drásticamente, tendrá temor de responder mis preguntas.

—¿Qué reglas debo cumplir? ¿Por qué estoy aquí? —Escribió en su libreta algo y en seguida respondió.

—Tú nos buscaste a nosotros, llegaste aquí porque así lo decidiste; aunque tus recuerdos te traicionen, ahora no podemos dejarte ir. Poco a poco recordarás todo y estoy aquí para ayudarte a encontrar las respuestas que tanto deseas. No tengas miedo, no hay nada que temer. Te dejaré una tarea para la próxima sesión, si no logras completarla estarás un paso más lejos de salir. —Ya estoy asustado, no quiero hablar más, el sol ya no se encuentra en la ventana y todo en mí empieza a volverse gris; otra vez esta maldita crisis, otra vez recuerdos incoherentes, otra vez el vacío en la mitad de mi pecho, otra vez esas palabras, otra vez ella— ¿Sucede algo, Arturo? ¿Te encuentras bien?

—Me siento mareado, doctor.

Algo oscuro empezó a cubrir mis ojos, no puedo respirar, ya no estoy aquí, abandoné el lugar sin darme cuenta, no veo nada, ¿dónde estoy? ¿dónde están?

Abrí mis ojos, estoy en el cuarto, esto parece un *déjà vu*. Observo el reloj, nueve y diez de la noche; detesto estas horas de la noche, mi crisis tiende a empeorar siempre entre las ocho y la una de la mañana, aunque no sé realmente por qué. Hay algo junto al reloj, un sobre amarillo que contiene algo para mí, tiene mi nombre escrito. Dentro hay una nota:

«Hola Arturo:

Hemos llamado a un doctor para que revise tu estado; no es normal que te desmayes porque sí. Los resultados llegarán mañana por la mañana. Por ahora, tu primera tarea es realizar un auto registro en el que describas los recuerdos de la noche en que llegaste, según el orden en que creas que sucedieron tus memorias. Tienes el día de mañana para realizarla, pues la próxima sesión es pasado mañana a las dos y treinta de la tarde. Espero tengas buena noche.

Atentamente,

DR. MARIANO DURAN.»

Ahora no puedo pensar en la tarea ni en nada, tengo mi crisis nocturna y debería dormir más, pero el sueño no me ha vencido. Salí de la habitación y caminé hacia la sala de las distracciones, parece que aún está permitido estar aquí; solo hay una mujer en los sillones y un hombre muy mayor en la zona de cine mirando una película en blanco y negro; no estoy seguro de que esté despierto, de hecho, parece que no respira. Eso no es asunto mío, supongo. Ingresé hasta el billar, toqué el borde de la mesa y un recuerdo se instaló en mi cabeza:

Veo chocar las bolas de billar; en mi mano hay un vaso de cerveza, la espuma aún no desaparece.

Me acerco a la ventana, estoy en un segundo piso y termina la tarde; caen algunas gotas afuera y parece una película, pues el sol aún genera algunas sombras en el mundo. Pensé que en algún sitio aparecería el arcoíris, aunque no lo pudiese ver. Giré y estaba ella, observando como yo, sé que le parezco existencial, me lo ha dicho; me miró y me perdí en sus pupilas, le dije que me sonriera, que lo hiciera todo el tiempo, que me enamoraba si lo hacía.

—El chico nuevo volvió. —Me despertó de mi trance una voz. Es una mujer, la mujer que siempre está aquí— ¿Ves que no hay nada que temer? —sonrió. Dejé de tocar la mesa de billar, no quería más recuerdos. Miré a mi alrededor y ya no había nadie, solo estábamos ella, yo y la ausencia en mi pecho— ¿Siempre eres así de callado? —me preguntó. La miré fijamente y ella no logró sostenerme la mirada; es una mujer joven, tal vez uno o dos años mayor. Caminó hasta la zona de cine y apagó el televisor que aún continuaba con esa película en blanco y negro.

—¿Hasta qué hora está este lugar habilitado? —pregunté.

—Hasta las once —respondió unos segundos más tarde.

—¿Qué hora es?

—Las once y veinte —volvió a mirarme fijamente y continuó— Hoy parece ser un día diferente, mi reloj se atrasó un poco. —Se acercó a mí, recogió de la mesa una de las bolas y empezó a pasarla de una mano a otra— No puedes dormir, ¿verdad?

—Dormí toda la tarde... creo.

—¿Crees? —se rio un poco— ¿Eres el joven que se desmayó en el despacho del doctor Mariano?

No encontré lo gracioso del asunto y dudé un poco antes de responder.

—Supongo que sí. El punto es que aún no quiero dormir.

Desapareció la sonrisa de su rostro y dijo:

—Ven, te mostraré algo. —Dejó la bola de billar sobre la mesa y salió del lugar.

Pasamos por el comedor, por la cocina, atravesamos la puerta de atrás del edificio y llegamos al jardín que rodea toda la casa; recordé haberlo cruzado para llegar a la sesión con el doctor Mariano. Nos detuvimos frente a una puerta de madera bastante grande.

—¿Le temes a algo? —Esa pregunta me dejó confundido. ¿Qué importan mis miedos?

—Hoy no, no por ahora —respondí.

—Está bien, podría creerte esta vez. —Abrió la puerta de madera maciza con algo de esfuerzo. Está oscuro. Muy oscuro. Ella entró con toda confianza, como si tuviera la habilidad de ver en la oscuridad o simplemente porque ya había entrado demasiadas veces— Sígueme — dijo con algo de entusiasmo, pero no logro verla. ¿Cómo seguirla?

—¿Dónde estás? —pregunté algo preocupado, pero sin detenerme en ningún momento.

Con algo me tendría que estrellar, así sabría que no había más camino hacia adelante. Así fue, tropecé con un balde vacío que parecía ser de metal, fue muy escandaloso el accidente y ella empezó a reírse.

—Quédate donde estás y mira para arriba.

Le hice caso, no me moví un solo centímetro y el techo del lugar empezó a moverse. Un recuadro de cielo estaba ahora sobre nuestras cabezas; la luna en una de sus esquinas y algunas estrellas brillantes existían aleatoriamente en toda la sección. Ahora sí podía verla, la luna iluminó todo el lugar. Era un salón grande, vacío. Curiosamente, lo único que había era una escalera en una de las esquinas y el balde con el que precisamente tropecé. Tanto espacio libre y tenía que chocar con el único balde del lugar, comprendo ahora por qué ella decidió reírse. Se alejó del interruptor que activa la movilidad del techo y se acercó a mí.

—¿No te parece hermoso? —preguntó mientras sus pupilas se dilataban al observar ese pedazo de cielo que había logrado capturar. No supe qué responder, creo que ya esperaba esa frase de su parte.

—¿Por qué me traes aquí, y por qué a mí? —le dije sin dejar de mirarla.

No puedo sentir nada, o eso creo, pero no voy a negar que era una mujer muy bella; sus ojos oscuros y su pálida piel contrastaban con la porción exacta de luz que la luna nos brindaba esa noche.

—No te sientas tan especial, descubrí este sitio ayer. Solo que no había tenido a nadie a quién mostrarlo —dijo con esa extraña manía que tienen algunas mujeres de reorganizar sus ideas rápidamente para no ser descubiertas.

—Sí, es bonito —dije para evitar el incómodo momento.

—¿Bonito? —Me miró seriamente— No eres muy predecible y, definitivamente, no era la palabra que esperaba.

—Lo siento.

—No te preocupes, no es común mirar el cielo con alguien de quien ni siquiera conoces el nombre —sonrió.

—Pero... trabajas aquí, supongo que sí sabes mi nombre —dije extrañado.

—Te equivocas. Lo que deseas saber, lo debes buscar y yo no he buscado tu nombre. —Se acercó de nuevo al interruptor con la intención de cerrar el techo.

—¡Espera!, no lo cierres aún. El sueño todavía no me visita. —Recogí el balde con el que había tropezado, lo puse al revés sobre el suelo y me senté en él. Ella caminó hacia mí y se sentó en el suelo, justo al lado del balde.

—A veces no se trata de lo bello que parezca esta imagen, pues es solo apariencia y eso es bastante engañoso. A veces solo se trata de la sensación que causa en nosotros. Igual pasa con las personas, vivimos engañados por los ojos y algunos recuerdos, y olvidamos las emociones positivas o negativas que pueden causarnos. Olvidamos nuestro estado por mantener un estado ajeno, ¿y de qué nos sirve? Solo conseguimos olvidarnos de nosotros mismos y, a veces, hay cosas que no podemos recuperar— dijo como si una gran herida aún estuviera demasiado fresca.

—Sí sabes quién soy, ¿verdad? —le pregunté con una pequeña sonrisa inevitable.

—No solo porque te sientas identificado significa que sepa algo sobre ti. Solo significa que no eres al único que le puede pasar. —Se levantó y, sin dejarme hablar, movió el interruptor— Es hora de ir a dormir, la noche es más traicionera que el día y tiende a pasar más rápido.

Empezó a caminar hacia la puerta, me levanté y la seguí. Pasamos el jardín, la cocina, el comedor y llegamos a la escalera.

—Buenas noches —me sonrió. La miré y en seguida comencé a subir la escalera.

Sabía que podía preguntarle dónde dormiría o algo por el estilo, pero luego lo sabré; me siento cansado y por primera vez pude ignorar esa crisis nocturna que tiende a apoderarse de mí.

2

La rutina de este sitio puede ser algo agotadora. Desperté y caminé hasta el comedor, hice la fila de siempre y me senté en la misma mesa del día anterior. Me siento diferente, no sé si me hizo falta la crisis anoche, a veces nos acostumbramos demasiado al caos... sí, creo que es eso lo que me sucede. Volví a mi habitación a esperar la hora de almuerzo, las flores fueron cambiadas mientras me encontraba ausente, ahora son rojas y me generan una sensación distinta. Esa mujer me dejó pensando en su teoría de las sensaciones y las apariencias, no la he visto esta mañana y el sitio de las «distracciones» se encuentra cerrado, dicen que es por aseo general, pero ¿dónde estará ella?

Caminé hasta el baño de mi habitación y me detuve frente al espejo, hace mucho no me veía. Mi reflejo tiende a asustarme algunas veces y me decepciona otras tantas. Mi cabello está algo desordenado, la sección blanca de mis ojos no es de color rojizo como me lo imaginé y la sombra oscura que siempre se encuentra bajo ellos, aunque ya la había visto antes, sé que podría estar peor. La miel sería la comparación más acertada al color del iris de mis ojos, es el color que me pertenece y al mismo tiempo aquel que siento tan ajeno. Dicen que los ojos son el espejo del alma y yo no logro reconocerme aún. Recordé que tengo que realizar el registro absurdo que pide el doctor, ¿cuántas cosas extrañas tendré que hacer aquí antes de poder salir? Volví de nuevo a mi cama, encontré una hoja dentro del sobre y tomé el lápiz que venía con ella; en seguida recosté mi espalda contra la cabecera de la cama. Pretendía cumplir con mi deber, mi único objetivo: salir.

Después de algunas horas intentando escribir algo que valiera la pena, noté que me había saltado la hora del almuerzo. El reloj marca las cinco y dieciséis de la tarde y me asombra como al tiempo le encanta

hacerme llegar tarde a todo. Solo llevo el registro de cinco recuerdos, posiblemente desordenados, posiblemente inexistentes. Escuché algunos gritos afuera de mi habitación, dejé a un lado la hoja con mis cinco pequeñas memorias y me levanté. Cuando me acercaba a la salida, un florero se estrelló contra el marco de mi puerta, mi corazón se empezó a mover con fuerza y a una velocidad mayor; me había asustado por completo el impacto y mi única reacción fue agachar un poco la cabeza; todos hacemos eso y realmente no es que nos salve mucho.

Gritaban varias personas a la vez. Asomé un poco la cabeza con el fin de acercarme más a la puerta y lograr ver de qué se trataba. Llegaron tres hombres grandes, uno de ellos llevaba una jeringa, todos debían pasar frente a mi puerta, pues la escalera se encontraba a la izquierda de mi dormitorio. Todo parecía ser un problema con la mujer de la habitación que se encuentra diagonal a la derecha; el florero roto es igual al de mi habitación. En seguida escucho cerrarse la puerta de la habitación de la mujer con los tres hombres dentro y, de un momento a otro, desaparecieron los gritos. Me acerqué por completo a la puerta, había dos doctores afuera de la habitación del caos; segundos después, llegó corriendo la mujer de las teorías, ni siquiera me miró y empezó a hablar con sus compañeros. Ahora lo entiendo, también es doctora, algo de enojo empieza a apoderarse de mí, tal vez todo lo sucedido la noche anterior era solo un engaño, una terapia más para un loco de tantos. Desplacé los fragmentos del florero hacia el corredor, entré en mi habitación y cerré la puerta con algo de disgusto; de nuevo era de noche y ella otra vez había hecho desaparecer mi crisis nocturna. Ahora estaba enojado, apagué la luz de mi dormitorio y me metí en la cama, ¿por qué me disgustaba tanto?, ¿qué me estaba pasando en este sitio, que ya ni la crisis venía por mí?

Es mi tercer día aquí, hoy tengo muchos recuerdos alborotados. Es una mañana oscura que fabrica dinamita para mi cabeza. No quiero ver el registro de recuerdos, aunque ya haya olvidado lo escrito, tampoco tengo apetito y mi estómago esta vez sigue mis órdenes. La mujer que siempre me despierta ya entró hace algún tiempo en la habitación; lo único que he hecho es ponerme de pie y cerrar de nuevo la puerta, aunque las cortinas fuesen abiertas por ella, no hay gran cambio entre la ausencia de luz y un día como este. Once y tres de la mañana marca

el reloj vino tinto, la cita es a las dos y media, me daré un baño como todos los días y esperaré a reunirme con el doctor. Unos minutos más tarde, cuando el sueño empezaba a apoderarse de mí, abrieron la puerta de la habitación.

—Es algo tarde para estar aún en la cama, ¿no crees? —dijo la mujer de las teorías. Abrí mis ojos, por ahora ella está en la puerta y solo puede ver mi espalda. El reloj marca las doce y quince— ¿No piensas responderme? —preguntó mientras se acercaba a la ventana. Supongo que quería verme de frente.

—No sé qué podría responder a eso —dije sin ninguna gracia en mi voz. Se detuvo en seguida. Creo que no me esperaba a mí.

—Parece que no es un buen día para ti, creo que es por el mal clima.

—¿Cómo puedes saberlo todo? —le pregunté algo fastidiado y ella sonrió un poco.

—¿Cómo sabías cuál era mi habitación sin preguntar por mí? —dije.

—No pregunté por ti, me avisaron que una habitación aún se encontraba cerrada.

—¿Y siempre es tu deber sacar a todos de la habitación?

—No, mi deber es saber por qué aún no han salido de su habitación —esta vez respondió algo enojada, tomó el reloj y lo puso boca abajo—. Si esperas que pasen las horas porque sí, desde ahora ya no tienes horas que pasen —dicho esto, salió de la habitación dejando de nuevo la puerta abierta.

Es extraño, me acostumbré a ver pasar los minutos, a preguntarme qué hora es... ahora me siento ansioso, ¡qué perturbadora es esta mujer!, me obligará a levantarme y poner el reloj en su lugar, mi sangre empieza a hervir de nuevo. Aparté las cobijas de mi cuerpo, me puse de pie y sujeté el reloj, habían pasado dos minutos desde que ella salió. Que poca voluntad tengo, ¿cómo lo hizo? Supongo que nació para esto, para ser una doctora de la mente.

Tomé el baño de siempre, me miré en el espejo de nuevo y salí de la habitación. Recibí mi almuerzo y me senté en la mesa del día anterior, otra vez.

—¿Puedo sentarme? —me preguntó un joven de más o menos mi edad acercándose a mi mesa. Lo miré muy extraño, nadie me había dirigido la palabra. No esperó mi respuesta y se sentó— Llevo tres meses

aquí, ¿cuánto tiempo llevas tú? —Su voz es demasiado entusiasta, no es pasmado como la mayoría.

No se quedó mirándome como es común al esperar una respuesta y empezó a comer su almuerzo; siento como si su «alegría» extraña se me estuviera prendiendo a los huesos. Duré algunos segundos antes de empezar a comer, no comprendía por qué se había acercado a mí— ¿No sabes hablar? —preguntó después de tragar un bocado muy grande.

—Llevo tres días —le respondí sin pensarlo tanto. Igual, ¿qué sentido tenía? El hombre podría olvidarlo tres minutos después, podría simplemente ponerse de pie y huir, podría volverme a saludar o simplemente quedarse callado para siempre. Terminó rápidamente su plato y preguntó si me comería todo mi almuerzo, le pasé lo que quedaba y empezó a comerlo como si nunca hubiese comido nada igual.

—Siempre soy así, siempre tengo hambre, pero no hay que temer, esa no es la razón por la que estoy en este sitio —luego de decir eso sonrió algunos segundos y siguió comiendo—. ¿Cuál es tu nombre? —me preguntó tras otro gran bocado.

—Arturo, ¿y usted?

—Javier —dijo bruscamente cortando la conversación. Terminó de comer y se puso de pie— Voy al jardín, ¿quieres ir?

—Pero está lloviendo. —Lo miré confundido.

—Lo sé, no estoy loco, pero... ¿tenemos algo que perder? ¿Qué es algo de agua sobre la ropa? —dicho esto, se alejó de mí. Me levanté y lo seguí aún sin saber si su propuesta seguía en pie. No llovía intensamente, pero sí llovía. Llegamos a la puerta y preguntó— ¿Estás seguro de esto?, podría empaparse tu ropa un poco— empezó a reírse y cruzó la salida.

Creo que lo miré con demasiada seriedad; tal vez tenga razón, no todo es un problema. Salí al jardín, Javier se sentó en una de las tantas bancas mojadas que hay en el lugar, pero, por lo visto, no le importó, a él parece que nada le importa. Las vestiduras de este lugar curiosamente son blancas; estoy tan mareado de ese color, hostigado por completo, tengo un pantalón sencillo, una camiseta y una chaqueta de cierre. El agua esta vez oscurece un poco el color de mi ropa, cada gota, al chocar, se fragmenta, se convierte en algo más, abandona su forma original y se transforma para morir.

Siempre pensé que había días tristes o sin sentido, y Javier disfruta tanto un día como este que ahora comprendo que soy yo el problema. Bueno, no puedo ser tan extremista, no soy el problema, tampoco la solución, solo que no me encuentro. Empiezo a ver diferente este jardín, puede no estar soleado y con sombras, pero las gotas resbalando por las hojas me parecen ahora algo artístico, algo anteriormente invisible, algo... nuevo. Las gotas empiezan a caer con mayor frecuencia, ahora son más grandes, más pesadas. Javier sonríe y mira para arriba, abre sus brazos como si fuese lo único que esperaba, como si no existiera otro momento más extraordinario que ese; es feliz con algo tan sencillo, con algo tan simple. Después de unos minutos estoy totalmente empapado, me pesa la ropa unos cuantos gramos más, sigo observándolo, sigo anonadado con su comportamiento, para estar aquí tres meses podría decirse que está loco, pero si esa felicidad que noto en su rostro es estar loco, quisiera yo estarlo para siempre. Se acercó a mí interrumpiendo su momento mágico.

—¿Que era algo de agua sobre la ropa? —y empezó a reírse. Me contagia de esa alegría inevitable, me hace reír y hace mucho no sentía mi corazón acelerado por otra cosa diferente al miedo.

Después de reír unos segundos, empecé a caer de nuevo en mi estado de pausa; un recuerdo vuelve a mí, ¡otra vez!, no lo puedo controlar, no sé si es de humanos esto, parece una película, parece irreal:

Es de noche, los carros pasan a gran velocidad bajo mis pies, mis manos tocan el barandal de un puente peatonal, estoy esperando a alguien, creo. Llega Luis con una botella de vino, viene con algo de entusiasmo, pone su mano sobre mi hombro y dice algunas palabras, no las reconozco. Ella está ahora en mi oído, trata de convencerme de algo, estoy sentado en un andén y solo veo una alcantarilla donde termina una corriente de agua. Lluve fuertemente, llueve en todos los sentidos, hasta dentro de mí. Giré mi rostro para verla, pero no encuentro más que oscuridad, su rostro hermoso no es más que un infierno, sus ojos son cadenas, cadenas que no me dejan ir.

—¡Arturo, despierta! —escuché en la profundidad de mi recuerdo la voz de Javier, sujetaba mi cabeza, lo podía sentir. Me dejó en el suelo y lo escuché correr.

Abrí mis ojos despacio, intenté levantarme y llegó en seguida alguien que me ayudó a ponerme de pie, agradecí y al girarme noté que era de nuevo ella, la mujer de las teorías.

—¿Por qué sólo escucho hablar de ti todo el tiempo? —me preguntó preocupada. Le dijo a Javier que estuviera tranquilo, que me llevaría a la enfermería. Así fue.

Entramos al lugar y la enfermera me ubicó en un sofá. Inmediatamente salió un doctor de una de las puertas, me auscultó, luego puso una luz en mis ojos, revisó mis oídos y mi boca. Después de la habitual revisión médica no encontró nada extraño ni poco común y permitió que saliera del lugar.

Caminábamos hacia mi habitación y ella no se apartaba de mi lado.

—¿Es necesario que me acompañe todo el trayecto? —pregunté con algo de disgusto.

—Pensé que tu actitud se debía al mal clima, ahora pienso que tiene que ver conmigo. —Probablemente sea así, no lo había pensado de esa manera; me sentía enojado aún, un poco engañado— ¿Qué sucede? —preguntó.

—No lo sé, me siento enojado —respiré profundo y continué—. Hace mucho que no encontraba más emociones que miedo y soledad absurda. Pero usted... —me detuve para pensar bien lo que iba a decir, aunque no tuviera una idea concreta de la finalidad de mis palabras— Usted me genera enojo, mucho enojo. —Después de mis palabras, todo fue silencio. Ella no dijo nada hasta llegar al dormitorio. Entré y me senté en el borde de la cama, las rosas rojas aún no habían muerto, eran más fuertes que las anteriores, resistían más el pesimismo, tal vez ya no podía transmitir mi enfermedad con la misma intensidad que antes. Ella se quedó en la puerta pensando y, aunque me diera curiosidad su actitud, no preguntaría jamás.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó después de unos pocos minutos.

—¿Por qué ahora si le interesa mi nombre?

—Solo responde.

—Me llamo Arturo.

Ella respiró profundo y preguntó:

—¿Recuerdas tu apellido?

Quedé congelado frente a esa pregunta. Hago mi mayor esfuerzo, pero no logro recordarlo. Ahora que lo pienso, sé que me llamo así porque el doctor me llamó así, si no, tampoco sabría mi nombre.

—¿Quién eres tú? —le pregunté suspendido en la nada.

—No sé si sea la pregunta adecuada, pero si te referes a cuál es mi nombre, es Lumière.

—Es un nombre extraño, jamás lo había escuchado —le dije. Esta mujer cada vez me sorprende más.

—Podrías decirme Lumi, es más fácil pronunciarlo —dijo en seguida.

—¿Por qué dices que mi pregunta no era la adecuada? —le pregunté caminando hacia ella y sonrió.

—Preguntas demasiado y no es tiempo de respuestas. —Movié su rostro con la intención de mirar el reloj que se encontraba junto a mis rosas; miré con curiosidad, las dos y veintisiete de la tarde marcaba el reloj. ¡La sesión de hoy!

Ella notó mi preocupación y dijo:

—Se te hace tarde. —La miré confundido, pero tenía razón, pasé por su lado y salí de la habitación. La conversación con ella esta vez me había dejado con muchas preguntas, pero tal vez era cierto que no era tiempo de respuestas.

Llegué a la casa de madera después de cruzar el jardín, subí al segundo piso, ingresé en el consultorio, me senté en el sillón azul junto a la ventana y el doctor ya me esperaba con la botella de agua.